



JAVIER MARRODÁN CIORDIA

# PRÓLOGO

Uno de los párrafos más sugerentes que se han escrito sobre la Virgen María se lo debemos al presunto ateo Jean-Paul Sartre. Al empezar la Segunda Guerra Mundial él ya tenía treinta y cuatro años, pero se incorporó al Ejército como meteorólogo y fue detenido en Padoux cuando los alemanes ocuparon Francia. Acabó en un campo de prisioneros cercano a Tréveris con otros 15.000 soldados franceses. Ya era entonces uno de los padres del existencialismo ateo.

Cuando se acercaba la Navidad de 1940 algunos sacerdotes que también estaban cautivos pidieron permiso a los nazis responsables del campo para celebrar la Misa de Gallo. Su propuesta fue aprobada y empezaron a organizarlo todo, también con la ilusión de animar un poco a toda aquella tropa desesperanzada y famélica. Jean-Paul Sartre se enteró del plan y se ofreció a los capellanes para componer una obra de teatro sobre la Navidad que podría representarse el 24 de diciembre por la tarde. En seis semanas completó un libreto que tituló *Barioná, el hijo del trueno*. Hay quien lo considera el mejor relato que se ha escrito sobre la Navidad.

---

Javier Marrodán Ciordia es sacerdote, periodista y profesor. Trabajó durante veinte años en *Diario de Navarra*, dirigió la revista *Nuestro Tiempo* y dio clase en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra. Ha publicado varios libros sobre el terrorismo y sus víctimas, y una especie de autobiografía que lleva por título *Tirar del hilo*, compuesta con todas las historias relevantes que le han salido al paso.

Barioná es el líder de los judíos de Bethsur, una aldea próxima a Belén. Odia a los romanos y recibe con escepticismo el relato de unos pastores que aseguran que un ángel les ha anunciado el nacimiento del Mesías en un establo próximo. Después de muchas dudas y de una conversación larga y teológica con Baltasar, Barioná decide ir a Belén, pero no para adorar al Mesías sino para matarlo. Gracias a un atajo llega al portal antes que los pastores, a tiempo de observar sin ser visto a una pareja joven que arropa a un niño recién nacido.

Esto escribió Jean-Paul Sartre, el presuntamente ateo Jean-Paul Sartre, de ese momento crucial: «La Virgen está pálida y mira al niño. [...] Cristo es su Hijo, carne de su carne y fruto de sus entrañas. Durante nueve meses lo ha llevado en su seno, y ella le dará el pecho y su leche se convertirá en la sangre de Dios. De vez en cuando la tentación es tan fuerte que se olvida de que Él es Dios. Lo estrecha entre sus brazos y le dice: “¡Mi pequeño!”. Pero en otros momentos se queda sin habla, y piensa: Dios está ahí. Y le atenaza un temor reverencial ante este Dios mudo, ante este niño que infunde respeto. [...] Lo mira y piensa: “Este Dios es mi niño. Esta carne divina es mi carne. Está hecha de mí. Tiene mis ojos, y la forma de su boca es la de la mía. Se parece a mí. Es Dios y se parece a mí”».

Ese pensamiento que Sartre imagina en el corazón de María se antoja verosímil: Dios se va a parecer a ella. Dios ha querido tener una madre y se va a parecer a ella.

No parece aventurado añadir que Dios se parece a las madres, a todas las madres. De hecho, cuenta con ellas para que hagan sus veces, para revelarse, para que muestren cómo es Él. Es lógico por tanto que haya una especialísima complicidad entre la madre de Dios y todas las madres del mundo.

Y de eso va este libro que han coordinado Lucía Martínez Alcalde y Rocío García de Leániz, periodistas, escritoras y sobre todo madres. Las dos han conseguido crear una impresionante sinfonía mariana con las aportaciones de Marta Vidán, Lucía Pérez Forriol, Miriam Martínez Allué, Eva Corujo, Laura Indart, Ana de Vierna, Isis Barajas, Andrea Siekavizza, Cristina López del Burgo y Macarena Cárdenas.

Todas hablan de la Virgen a partir de su propia relación con la Virgen, con el cierto hilo conductor de las intervenciones textuales de María que recogen los Evangelios. Las autoras tienen muy interiorizadas esas frases: las conocen, las han meditado, se han mirado en su breve literalidad, se han refugiado en ellas, las han parafraseado, las han hecho propias. Y por eso las recuerdan y las comentan con tanta naturalidad. Las han convertido en una hoja de ruta oportuna e ilusionante para cualquier madre, para cualquier cristiano.

La primera frase entrecomillada de María es una pregunta, una pregunta sencilla, muy pegada al terreno, muy espontánea, «¿Cómo será esto, pues no conozco varón?».

Todos nos hemos sentido interpelados por acontecimientos inesperados o por propuestas que nos desbordan o por cambios repentinos de planes o por posibilidades que empiezan a cobrar forma y que quizá nos van a complicar la vida: ¿cómo será esto?

Apenas unos segundos después, la Virgen responde a la propuesta que Dios le acaba de plantear a través del arcángel san Gabriel: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Parece imposible que María se hiciera cargo de todo lo que dependía de su respuesta, que pudiera intuir la trascendencia inconmensurable de su decisión, que sintiera el peso de una responsabilidad tan enorme. En apenas unos segundos no pudo detenerse a pensar en Adán, en Abraham o en la salvación de la humanidad entera. Seguramente se quedó con lo principal: que Dios tenía un plan para ella, que Dios quería necesitar de ella, que estaba en condiciones de ayudar a Dios.

María no sabe aún que nueve meses después estará dando luz en un establo a más de cien kilómetros de Nazaret, o que Herodes ordenará una matanza de niños para tratar de acabar con su hijo, o que se verá obligada a huir a Egipto o que el pequeño Jesús los tendrá a ella y a José dando vueltas por Jerusalén durante tres días interminables. Tampoco sabe que su hijo hará milagros portentosos, que resucitará a varios muertos, que curará a ciegos y a leprosos, que hablará a multitudes y se enfrentará a los fariseos y tratará con cercanía, compasión y ternura —el estilo de Dios— a personas muy sencillas y muy desconocidas. Todo eso y mucho más será posible gracias a su

respuesta: «He aquí la esclava del Señor», «Cuenta conmigo».

¿Qué pasó después?, ¿qué hizo aquella muchacha de dieciséis o diecisiete años, embarazada de Dios? No sabemos si lo comentó con sus padres o si empezó a releer la Escritura tratando de encontrar alguna clave de lo que se avecinaba o si fue al templo a pedir luces y ayuda. San Lucas sí que nos cuenta algo que hizo «por aquellos días». El arcángel le había dado la noticia de que su prima Isabel, mucho mayor que ella, estaba también embarazada, ya de seis meses, y María se puso en marcha hacia las montañas para visitarla y echarle una mano.

Además, a María debió de resultarle reconfortante descubrir que Isabel estaba al tanto de la noticia, que se podía confiar a ella, que eran cómplices del secreto más imponente que hayan contemplado los siglos.

Prorrumpe entonces en un himno de alabanza y de gratitud, en una oración emocionada y emocionante que ha quedado incorporada a la piedad popular con el nombre de Magnificat, tomado de la primera palabra en latín.

María es muy consciente de lo que es: de su juventud, de su inexperiencia, de su vértigo, de su condición de criatura. Debió de sentirse completamente desbordada por la propuesta de Dios, todo un océano que se vuelca impetuoso en un pequeño vaso. Pero se fía de Dios. Sabe cuánto hay de Dios y cuánto hay de ella misma en la novedad de la Encarnación: «El Poderoso ha hecho obras grandes por mí». No se ufana ni se engríe, nunca la imagináramos haciendo alarde de su recién estrenada condición de madre de Dios. «Dios ha mirado la humillación de su esclava», lo resume ella misma. Más adelante, cuando descubren al Niño Jesús en el templo de Jerusalén después de haberlo buscado durante tres días, san Lucas precisa que la Virgen y san José se quedaron «atónitos». María se dirige entonces a su hijo con la cuarta intervención suya que transcriben los Evangelios: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados».

Es quizá la frase de María que más familiar nos resulta, la que más directamente nos refleja, la que de un modo u otro más veces hemos dirigido a Dios: ¿por qué permites esto?, ¿por qué tiene que sufrir tanto esta persona que conozco bien?, ¿por qué no se arregla esta injusticia?,

¿por qué no escuchas mis oraciones de tantos meses o de tantos años?, ¿por qué a veces me encuentro tan confundido o tan abatido?, ¿por qué en ocasiones la vida se pone tan cuesta arriba?, ¿por qué nos tratas así?

La respuesta de Jesús es dura: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Esas dos preguntas revelan que Dios tiene sus planes y que no siempre vamos a ser capaces de adivinarlos o de comprenderlos. Por algo es Dios, por algo nosotros somos simples criaturas. También a María le costó, también ella se quedó atónita, también ella pasó tres días angustiada. Dios no le ahorró ese contratiempo doloroso. No lo comprendieron, dice el Evangelio.

Además de reconocernos en la pregunta de la Virgen (¿por qué nos has tratado así?), nos podemos mirar en el espejo de su reacción: «Su madre conservaba todo esto en su corazón». Romano Guardini sostiene que ese apunte breve y profundo de san Lucas significa que María estaba abierta a que la semilla de aquella contradicción germinase en su corazón, estaba dispuesta a que los tres días de angustia le ayudaran a acercarse más a Dios, a familiarizarse un poco más con su lenguaje. Conservar algo en el corazón no es solo guardar memoria pasiva de un suceso, es mantenerlo vivo, palpitante, es incorporarlo a lo más íntimo de nuestro yo.

Treinta años después, en Caná, en unas bodas, María cambia los planes de Dios con una frase que revela hasta qué punto estaba pendiente de lo que ocurría en la trastienda de la celebración: «No tienen vino». En esas tres palabras se aúnan una súplica confiada, una necesidad y acaso el ascendiente de una madre a quien su hijo no le puede negar nada.

¿Por qué únicamente María se percató de que aquellos esposos recién casados de Caná iban a sufrir una contrariedad? ¿Por qué solo ella puso los medios para tratar de arreglar un problema que ni siquiera era suyo? ¿Por qué se sintió interpelada por aquel contratiempo inoportuno? ¿Cuál es el secreto de su atención?

Probablemente, la respuesta a esos interrogantes guarda relación con su especial cercanía a Dios. Al vivir una intimidad tan intensa y tan continuada con Dios, María acaba funcionando del mismo modo en que lo haría Dios.

Como muchas madres, cabría añadir.

Jesús le responde de una forma que parece evasiva: «Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora». Sin embargo, María no se da por vencida: algo debió de percibir en la mirada o en el tono de voz de su hijo para convencerse de que el milagro era posible, de que la segunda persona de la Santísima Trinidad estaba a punto de cambiar su calendario. Puede que Jesús le sonriera a la vez que le respondía, o que le hiciera algún gesto cómplice. Lo cierto es que a continuación la Virgen se dirige a los empleados y les da ese consejo breve y sencillo que es en el fondo una brújula decisiva para la existencia de cualquier cristiano: «Haced lo que él os diga».

La indicación de la Virgen no tiene tanto que ver con nuestro esfuerzo —algo tenemos que poner de nuestra parte, por supuesto— sino con la confianza en el poder de Dios. Los sirvientes de Caná intuyeron que algo muy extraordinario iba a ocurrir si cumplían esa indicación tan sencilla («Llenad esas tinajas de agua»), y se fiaron de aquel desconocido que se la proponía. Pusieron muy poquito de su parte y de repente los novios y sus invitados se encontraron con seiscientos litros de un vino magnífico para rematar felizmente la celebración.

Aunque ya no aparecen más frases textuales de la Virgen en el Nuevo Testamento, hay un pasaje que resulta indispensable si queremos hablar de su maternidad. Es una de las siete palabras del Gólgota: a punto ya de morir, Jesús se la confía al discípulo amado y pide a la vez a su madre que acoga a Juan —a todos nosotros— como hijo suyo. «Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa», cuenta el propio interesado. En otras traducciones se dice que el apóstol «la recibió como algo propio». En el libro *Jesús de Nazaret*, Benedicto XVI sostiene que la traducción literal es aún más fuerte, y que se podría expresar más o menos así: «La acogió entre sus propias cosas, la acogió en su más íntimo contexto de vida».

Esto último es probablemente lo mejor que pueda decirse de este libro: lo han escrito doce mujeres que han acogido a María en su más íntimo contexto de vida, que la han hecho cómplice de todas sus cosas, que la tienen muy presente en sus casas, verdaderas iglesias domésticas.

El denominador común del volumen no es tanto que sus autoras compartan la condición de madres, sino la confianza y la naturalidad con las que tratan a la Virgen, la sencillez y la hondura con las que hablan de ella. Han compuesto coralmente un libro que nace en muy buena medida de su vida interior, esa es seguramente su gran aportación.

En parte por eso es un libro muy práctico, un verdadero manual, en el mejor sentido del término. Los *tips* y las oraciones que cierran todos los capítulos son un improvisado e impagable devocionario *millennial*.

Andrea Siekavizza hace una confesión interesante antes de poner el punto final a su texto: «Me reafirmo en pensar que la Virgen está detrás de los capítulos de este libro».

Y pienso que no merece la pena añadir nada más. Únicamente, dar las gracias a sus autoras.